lato y entró en la capilla. Por la tarde reunió a las monjas y les dijo: «Esta mañana he sabido lo que sucedió anoche en esta casa "¡Qué superiora tan mala debo ser yo, cuando tal cosa ha podido suceder mientras yo rijo esta casa!". Esto no habría ocurrido nunca entre estos muros si yo hubiera santificado mi alma cuanto exige la responsabilidad que llevo por vosotras. Aquí se impone una penitencia dura. Creo que con una semana de penitencia podré conducir a Cristo aquella alma joven que no quiso acatar mis órdenes».

Las monjas estabam presas de emoción indescriptible; no esperaban ejemplo tan sublime... Y aquella noche se conmovió el alma de la novicia; entonces vio qué cosa es la obediencia, y desde aquel día fue la religiosa más fiel a la superiora.

218

Un día fue a visitar a don Bosco un ministro inglés que era protestante. Maravillado éste del orden que reinaba en todos y en todas partes, le preguntó: ¿Cómo es posible conseguir tanto orden y silencio entre tantos jovenzuelos y tan vivarachos, alegres e inquietos? Tiene la amabili-

dad de decírmelo? —Excelencia, le respondió don Bosco, el resorte que utilizo es un resorte exclusivo de los católicos, y no es otro que la confesión y la comunión frecuentes.

—Pero ¿no será posible encontrar un sustituto? _¡Ah, no, en modo alguno! De no usar este procedimiento religioso, no hay más remedio que echar mano al bastón. Entonces, una de dos: o religión o bastón. Ni más ni menos.

Perfectamente, subrayó el ministro inglés: lo voy a contar en Londres: o religión o bastón.

219

En América, una brigada de hombres, bajo las órdenes de un cabo, trabajaba vigorosamente en descargar un vagón de madera. Eran pocos hombres para aquel trabajo, y cuando, después de un rato de contemplarles, un transeunte dirigió unas palabras al cabo, éste refunfuñó de que se mandara hacer a seis hombres un trabajo que requería diez.

—¿Por qué, pues, no arrima usted también el hombro?, preguntole el forastero. —¿Yo?, dijo el otro, indignado; yo soy el cabo. El forastero no dijo nada, pero se quitó la americana y se puso a

trabajar para llevar a término la descarga. Cuando estuvo terminada, se puso de nuevo la americana y prosiguió su camino. Más tarde el cabo se enteró de que el ayudante voluntario no había sido otro que Washington, presidente de Estados Unidos.

Así es como los verdaderamente grandes siguen el ejemplo de nuestro Señor y realizan trabajos que los pequeños hombres conceptúan inferiores a su dignidad.

220

Un excelente joven dijo una vez a su párroco: ¡oh, si yo fuese predicador...! ¡Quisiera convertir a tanta gente! El párroco le respondió: ¡Oh, podéis hacerlo! En vez de predicar de palabra, predicad con el ejemplo. Así quien da buen ejemplo a su prójimo hace de apóstol. Por eso dijo Jesús: *«Resplandezca vuestra luz delante de los hombres, a fin de que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos»* (Mt. 5,16).

221

El sufrimiento

El sufrimiento es inevitable, y como dijo Juan Pablo II: «El tema del sufrimiento es un tema universal, que acompaña al hombre a lo largo y ancho de la geografia, y tan expendido está en el mundo que éste lleva el calificativo de «Valle de lágrimas». Dios no hizo el dolor y la muerte, pues entraron en el mundo por el pecado original (Gén. 3,17 ss; Rom. 5,12). El origen, por tanto del dolor y de todos los sufrimientos fue este pecado y nuestros pecados personales. Para que nuestros dolores tengan méritos redentores, debemos unirlos a los de Cristo, que sufrió tanto por salvarnos.

Santa *Liduvina* era una jovencita feliz. Un día se cayó en la nieve y se lastimó. De aquí le provino una enfermedad larguísima. Cuando se vio con semejante enfermedad, no tuvo, al principio, generosidad para aceptarla. Había en su corazón algo de protesta. Faltaba la resignación... Un día su confesor le enseñó a unir aquellos sufrimientos a los sufrimientos de Cristo Jesús, y desde aquel momento, la enfermedad fue para ella ocasión de su propia santificación.

222

Jacinta, la menor de los pastorcitos de Fátima, cercana ya a la muerte, repetía: «¡Me gusta tanto sufrir por amor a nuestro Señor y a nuestra Señora! ¡Ellos quieren mucho a los que sufren para convertir a los pecadores!».

Un caso parecido es el de *Bertina Baumann,* una niña de trece años escasos, moría en 1935. Su madre, a su lado, exclamaba a veces «¡pobre niña!». Y la pequeña protestaba: «No es verdad, mamá. Soy rica estando así porque puedo ofrecer mucho más a Dios. Puedo estar más tiempo pensando en Él.

Aprendió a unir sus sufrimientos a los de Cristo. Misión sublime: por los misioneros, por los infieles, por conversión de los pecadores...

Grande es el apostolado del sufrimiento. Como dijo Santa Teresa del Niño Jesús a Teresa Neumann cuando tanto sufría: «Más almas se convierten con el dolor que con los más brillantes sermones».

223

También la misma Santa Teresita del Niño

Jesús, en la última fase de su enfermedad (la tuberculosis), cuando ya apenas tenía energías, se esforzaba en andar por el jardín. Se le preguntó el porqué de aquellos esfuerzos y contestó: «Ando por un misionero. Pienso que allá lejos tal vez algún misionero se sienta agotado por sus correrías apostólicas y ofrezco mis fatigas al buen Dios, para disminuir las suyas».

224

A los pocos días de su elección, Juan Pablo II fue a visitar los enfermos del hospital «Gemelli» y a exhortarles a unir sus dolores a los de Cristo Redentor. Y ¿quién lo diría que un día no lejano sería internado él en el mismo hospital porque unas balas enemigas atravesarían su cuerpo? He aquí su mensaje:

«Deseo dirigirme hoy, de modo particular a todos los enfermos para hacerles llegar, yo, enfermo como ellos, una palabra de consuelo y de esperanza. Cuando inmediatamente después de mi elección a la cátedra de Pedro, vine a hacer una visita al policlínico Gemelli dije que deseaba apoyar mi ministerio papal, en los que sufren. la Providencia ha dispuesto que yo vuelva al policlínico Gemelli

como enfermo. Reafirmo ahora la misma convicción de entonces: el sufrimiento, aceptado en unión con Cristo que sufre, tiene una eficacia inigualable para la realización del plan divino de la salvación.

Invito a todos los enfermos a que se unan conmigo con el ofrecimiento a Cristo de sus sufrimientos para bien de la Iglesia y de la humanidad. María Santísima nos sirva de sostenimiento y de consuelo» (24-5-81).

224

En otro discurso el mismo Juan Pablo II dijo: «Queridos hermanos y hermanas que sufrís, que os sentís en desventaja física, ayudad con la oración y con el sacrificio de vuestros sufrimientos, de vuestra suerte dura, a los que están enfermos del alma. A veces no lo saben, no se dan cuenta de lo enferma que está su alma inmortal. Han adormecido su conciencia y endurecido su corazón. ¡Ayudadlos a despertarse!...», y termina exhortándolos a unir su dolor al Cordero de Dios, el cual mediante su pasión «ha quitado el pecado del mundo». Y que, por tanto vosotros, asociados a Él en la pasión podéis ser corredentores de la humanidad...».

225

Eva Lavaliere, la gran artista de París, nos da ejemplo de resignación en el dolor. Momentos antes de una operación escribe al Padre Chasteigner: «Estoy y continuaré gravemente enferma hasta que muera, y no pido el milagro porque conozco el valor del sufrimiento voluntariamente aceptado; sé que cuanto Dios permite es siempre lo mejor...».

226

Un sacerdote decía una vez en una instrucción familiar: «El sufrimiento todo lo puede. ¿Queréis salvar a alguno de vuestra casa? Sufrid». Estas palabras fueron oídas por una niña del pueblo que había visto muchas veces llorar a su madre cuando, por las noches, su padre volvía a casa en estado de embriaguez.

El día en que fue revelada la fuerza del sufrimiento, la niña abrazó a su madre con tal expresión de cariño, que la conmovió de alegría, tanto como su padre la disgustaba. «Madre mía, consuélate, le dijo; pronto no te hará llorar más mi padre».

A la mañana siguiente, en la comida del mediodía, única que reunía a toda la familia en torno a la mesa, la niña tomó la sopa y un pedazo de pan y se negó a comer lo demás. _¿Estás enferma?, preguntó la madre, sorprendida. No, mamá. Entonces come, dijo el padre. Hoy no, papá.

Creyeron que era un capricho, y no insistieron. Por la noche el padre volvió ebrio como siempre; la niña que estaba acostada pero despierta, le oyó blasfemar y lloró. Al día siguiente no quiso tomar más que pan y agua. La madre empezó a preocuparse y el padre se enfadó. Quiero que comas, dijo furioso. No, respondió la niña con firmeza; no comeré mientras tú te emborraches, blasfemes y hagas llorar a mi madre. He prometido a Dios sufrir por ti, para que no te castigue.

El padre bajó la cabeza. Por la noche volvió a casa en estado normal, y al día siguiente vio que la niña, alegre y animada, comía con apetito. Pero la costumbre arrastró otra vez al padre por el camino del mal hábito y la niña dejó de nuevo de comer. Esta vez el padre no se atrevió a preguntar nada, pero una lágrima rodó por su mejilla y se levantó de la mesa. La madre también lloró; sólo la niña permanecía tranquila. El padre

entonces se acercó a la niña y la estrechó entre sus brazos.

¡Pobre mártir! exclamó. ¿Serías capaz de seguir haciéndolo así? Sí, padre mio, hasta que me muera o te conviertas tú. —Hija mía, te juro que nunca volveré a ser causa de las lágrimas de tu madre. Y así lo hizo.

227

Estuve junto al lecho de un conde gravemente enfermo, un señor distinguido y rico que sufría hacía año y medio de una enfermedad misteriosa. Los doctores más renombrados procuraban descubrir la causa del mal; le cuidaban, le sometían a dolorosas operaciones... Cuando fui a verlo, después de año y medio de sufrimientos, tenía una pierna enyesada. Me sorprendió la dulce serenidad que irradiaba su rostro.

—¿Ve usted, padre, allí, en la pared frente a mi, aquel crucifijo?, me preguntó, y señalaba la pared. «Antes, cuando yo estaba sano, continuó, tenía este crucifijo colgado sobre mi cama; pero nunca lo hice colgar allí, frente a mi, porque es más fácil el sufrimiento si el crucifijo está a la vista; así puedo ver a Jesucristo doliente.

Bien podemos decir que no hay otro remedio contra el dolor que Jesucristo. Contra la mordedura de esta serpiente del dolor, todo hombre atribulado debe levantar su mirada a Jesucristo, puesto en la cruz, y oír que nos dice a todos: *«Venid a mi todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré».* (Mt. 11,28). *«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»* (Jn. 14,6).

Cristo es el Camino, también en el sufrimiento, porque Él nos precedió llevando la cruz a cuestas... «Mira a Jesús crucificado y no te quejarás jamás».

228

El pecado... y su malicia

El Papa Pio XII dijo (y lo han repetido Pablo VI y Juan Pablo II): «Se ha perdido el sentido del pecado», y a la verdad hoy muchos no dan importancia a lo que Dios ordena o prohibe y esto no deja de ser una grave enfermedad de nuestro tiempo. Y ¿qué es pecado? En la Biblia hallamos esta definición: *«Pecado es la transgresión de la ley de Dios»* (1 Jn. 3,4).

Para saber qué es pecado, basta atender a lo que nos manda o prohibe la ley de Dios. Todo pecado supone necesariamente dos cosas: Una ley terminante de parte de Dios, y una desobediencia terminante de parte del hombre. *Dios dice:* No blasfemes, santifica las fiestas, no robes, no mates, no cometas actos impuros... Si el hombre dice: *No quiero*. Al no obedecer el mandato de Dios comete un pecado, porque quebranta su ley.

El pecado es un gran mal, y el mayor de todos, porque se opone al fin último para el que Dios nos ha creado... y siempre es una ofensa, una ingratitud de las criaturas para con Dios su Creador y Redentor.

229

En cierta ocasión San Luis, rey de Francia, preguntó a un amigo suyo: Dime: ¿Qué preferirías tú, cometer un pecado mortal o quedar leproso? _Majestad, respondió el amigo sin titubear, preferiría cometer treinta pecados mortales antes que quedar leproso. El rey exclamó entonces tristemente: ¡Ay, pobre amigo mío, cómo se ve que ignoras lo que es un pecado mortal!

El pecado mortal es la lepra que corrompe y mata el alma, terminando por arrojarla en los infiernos.

230

Blanca de Castilla, madre de San Luis, rey de Francia, decía muchas veces a este su hijito, cuando aún era niño: «Sólo Dios sabe cuanto te quiero; pero preferiría verte caer muerto aquí a mis pies antes de que cometieses un solo pecado mortal». Y después, mostrándole el Crucifijo, añadía: «Sabe que los pecados de los hombres han sido la causa de la pasión y de la muerte del divino Redentor, y que el que comete el pecado mortal vuelve a crucificar a Jesucristo. Estas palabras quedaron tan impresas en el corazón de Luis, que repetía muchas veces: «¡Morir antes que pecar!». Hemos, pues, de evitar el pecado, porque los que pecan gravemente crucifican de nuevo al Hijo de Dios, como enseña San Pablo (Heb. 6,6).

231

Se cuenta de Monseñor Sibour, Arzobispo de

París, que se presentó a él un obrero, el cual, suspirando, le dijo que debido a una enfermedad había perdido el empleo y se hallaba en la extrema miseria con cinco hijos que lloraban de hambre. El arzobispo, conmovido, abre el cajón de su mesa y le da una limosna. Se sale precipitado con aquellas monedas, sin apenas darle gracias, y compra un puñal.

Al día siguiente era Santa Genoveva, patrona de Francia, y después de la solemne Misa Pontifical allá en la Catedral, sale de detrás de una columna el obrero y le clava el puñal en el corazón. Le reconoce el Arzobispo, y dice: a éste mismo le di ayer una limosna. Al saberse en toda Francia, el grito unánime fue: ¡Muera el infame! ¡Cuántas veces hemos sido nosotros los infames! Tantas cuantas hemos pecado, porque pecando nos hemos servido de los ojos, que son de Dios, de los oídos, de la lengua, del talento, de la salud..., todos dones de Dios... ¡Qué ingrato soy yo cuando peco!

232

Se lee en la Sagrada Escritura, del joven José, que cuando estaba en casa de Putifar, vino a ser

tan querido del señor por su buena conducta, que le hizo administrador de todos sus bienes. pero la mujer de Putifar era mala, y una vez trató de inducir a José a cometer un pecado grave. El santo joven al ver el peligro, echó a correr las escaleras abajo y huyó, mientras aquella infame mujer trataba de detenerlo asiéndole de la capa. El dejó la capa en manos de aquella desgraciada, pero logró irse, diciendo: *«¿Cómo voy a cometer tan gran maldad en presencia de mi Dios?* (Gén. 39,9).

Fue luego injustamente acusado y llevado a la cárcel. Pero él prefirió vivir inocente en la lobreguez de una prisión antes que vivir pecador entre comodiddes y placeres.

233

También refiere la Sagrada Escritura que Esaú vendió a su hermano Jacob el derecho de primogenitura por un plato de lentejas. pero después de aquel contrato tan necio, que le privó de la bendición de su padre, el desgraciado desvariaba y rugía como un león herido (Gén. 25,3; 37,34).

Ese derecho al que renunció Esaú era de una

herencia temporal, terrena; en cambio, ¡el pecador renuncia a la herencia del cielo!

234

Cuando Jesucristo fue llevado a la presencia de Pilato, éste dijo a los judíos: «Hay aquí un ladrón y asesino, que debe ser condenado a muerte. Decidme: ¿A quién queréis que de libertad, a Barrabás o a Jesús? _Y los judíos gritaron: Que Jesucristo sea crucificado y muerto, y dese libertad a Barrabás.

Esta es una monstruosa impiedad. Pues bien, lo mismo hace el que comete un pecado mortal. Este parangón de Jesús con Barrabás nos causa indignación y rabia, y, sin embargo, esta es nuestra historia continua. Cada vez que cometemos un pecado mortal, venimos a gritar: ¡Muera Jesús! ¡viva el demonio!...

235

San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, defendía con todo valor la religión contra los herejes y combatía valientemente los vicios,

por ello se conquistó el odio del emperador Arcadio, el cual dijo a sus cortesanos:

—Quisiera vengarme de este obispo. ¿Qué tengo que hacer?

—Desterrarle, respondió uno—. Confiscarle los bienes, dijo otro. —Llevarle a la cárcel, propuso un tercero. —Matarle; así queda terminado, aseguró el cuarto. Pero el quinto, que veía más claro que los demás, exclamó:

—Os equivocáis todos; estos medios no sirven para nada. ¿El destierro? Para él todo el mundo es su patria. —¿La cárcel? —Besará las cadenas. —¿La confiscación de sus bienes? Es quitárselos a los pobres. —¿La muerte? Se le abrirá el cielo. Señores, si queréis de verdad vengaros de este hombre, obligadle a que cometa un pecado: esto es lo único que teme.

El santo obispo fue desterrado a Armenia y murió después de cuatro años de persecuciones y padecimientos. Tenía por lema estas palabras: «Una sola cosa hay que temer: el pecado».

236

Un joven quiso obligar a un compañero suyo a hacer una mala acción una sola vez. —¿Una

mala acción una sola vez? ¿Te dejarías tu cortar la cabeza sólo una vez?, le respondió el compañero.

No seamos incautos cuando el demonio nos tiente a hacer un pecado solo; no nos dejemos engañar, no lo hagamos; seríamos tan necios como si nos dejásemos cortar la cabeza una sola vez.

Pensemos cuánto es lo que perdemos por el pecado. Con él perdemos a Dios, perdemos su gracia santificante, y perdida ésta, todo se ha perdido para nosotros.

237

Para darnos cuenta de la malicia del pecado, la conoceremos por sus efectos o castigos. 1) *El pecado de los ángeles,* seres dotados de gran belleza, de gracia y de inteligencia, y por uno sólo y éste de pensamiento, Dios no lo perdonó y los arrojó en el infierno (2 Ped. 2,4). 2) *El de nuestros primeros padres* por un pecado de desobediencia, con raiz en la soberbia, Dios los castigó y quedó el paraíso convertido en un valle de lágrimas. 3) *El diluvio* de agua, y luego el de fuego sobre Sodoma y Gomorra, y tantos otros castigos, fueron debidos, dice la Biblia, porque

sus pecados clamaban al cielo. 4) *La pasión de Jesucristo* ¿Por qué sufrió tanto? La causa de su muerte fue, como dice San Pablo: «por nuestros pecados» (1 Cor. 15,3). ¿Qué será el pecado cuando Dios así lo castiga?

238

Nabucodonosor vio una vez una estatua que tenía la cabeza de oro, las espaldas de plata, el pecho de bronce, los muslos de hierro y los pies de barro. He aquí la imagen del que, poco a poco, se aparta del bien; el primer peldaño es pasar del oro a la plata; el segundo es pasar al bronce; los otros, pasar al hierro y al barro. ¿Cuándo se está en el barro? Cuando basta que se desprenda de lo alto una piedrecita para que la estatua se venga a tierra. Por eso el Espíritu Santo dice: *«El que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco vendrá a caer»* (Eclo. 19,11).

¡Oh, cuántos fervorosos en un principio, como Judas, poco a poco por la *tibieza..., la indiferencia* después..., y las pasiones de *codicia..., envidia..., impureza...*, caen en el abismo del pecado y quizá en la doncenación para siempre!

239

David y Saúl reyes de Israel, ambos pecaron gravemente, después de lo cual lloraron y detestaron sus pecados. Pero ¿fueron los dos perdonados? Uno, sí; el otro, no. David fue perdonado porque comprendió su injusticia e ingratitud para con el Señor y se arrepintió sobremanera de haber obrado el mal contra Él (2 Sam. 12,7-13). Saúl, en cambio, se arrepintió de su pecado por el único motivo de haber perdido la estima del pueblo, el trono y la corona.

Este dolor de Saúl no era sobrenatural, no fue bueno, y por eso no obtuvo de Dios el perdón.

Tengamos presente que los pecados se borran o perdonan por el sacramento de la confesión, y también por la contrición perfecta con propósito de confesarse. La contrición perfecta tiene lugar cuando detestamos el pecado por haber ofendido a Dios, sumamente bueno..., y la imperfecta o atrición cuando se detesta el pecado sólo por temos al castigo o por la fealdad del pecado.

240

Las tentaciones

La tentación no es pecado, es una prueba o experimento de la virtud que poseemos. no es, pues, defecto el tener tentaciones, lo que es pecado es consentirlas. Contra el pecado y la tentación hay que fortificar la voluntad y resistir a todo lo que es contrario a la ley de Dios.

Vivía en Italia un escultor alemán llamado Achtermann. Una comisión le encargó una obra contraria a la moral con figuras indecentes... Los honorarios habían de ser grandes. El escultor les contestó: «Italia no tiene suficiente dinero para hacerme renunciar a mis convicciones e ir contra mi conciencia». Este fue un hombre de carácter que no se doblegó ante nada, cuando se trataba de traicionar su conciencia, pisotear su religión y sus convicciones.

Como dice San Alfonso maría de Ligorio: «Así como se evita, no sólo la mordedura de la serpiente, sino también tocarla, y aún acercarse a ella, así conviene evitar, no sólo el pecado, sino hasta la ocasión».

241

El conocido episodio de José (Gén. 39,7-20) nos pone de manifiesto cómo hemos de apartar las tentaciones. José no discutió con la mujer de Putifar, que le incitaba al pecado, y le cogía por el manto, sino que «huyó y salió de la casa».

242

El *Dr. Ringseis,* médico, y luego profesor en Munich, acompañó a Kronprinz Luis de Baviera en un viaje a Nápoles. Allí hubo un baile. Al día siguiente, comentando la fiesta, uno de los caballeros dijo: «Es completamente imposible resistir a tales incentivos». Ringseis le contestó: «No es imposible, pero sí difícil». Y después de una breve pausa: «Señores, estudié medicina en Munich y Viena, luego para perfeccionar mis estudios, fui a París. He tenido bastantes ocasiones, y declaro sin ambages, que tuve también bastantes tentaciones. pero Dios me es testigo: Blanco es aun hoy mi broquel. No, no es imposible».

El que evita las ocasiones de pecar, evita el peligro.

243

Un joven hizo Ejercicios y salió de ellos decidido a mudar de vida y, para ello, evitar las malas ocasiones. Vuelto a la ciudad, se encontró con una «ocasión» peligrosa que le invitó a pecar consigo, y le decía: —Pero, chico, ¿ya no me haces caso? ¿No me conoces? Yo soy aquella...
—Si, respondió el otro, pero yo no soy aquél.

Las tentaciones se vencen con la resistencia, evitando ocasiones y frecuentando los sacramentos, y también con el trabajo, en no estar ociosos...

244

Cierto joven se presentó un día a San Felipe Neri quejándose de padecer continuas tentaciones. El santo le prescribió algunos remedios, pero se le presentó de nuevo algunos días más tarde, confesando que no había experimentado mejoría alguna.

—Bueno, le dijo entonces el padre Felipe, ven mañana temprano; pasarás el día conmigo.
—Al día siguiente, al presentar el el mozalbete, le dijo el santo: Llévame a tal sitio este montón

de ladrillos, hasta el mediodía. —Será usted obedecido, padre.

Al mediodía, rojo como una amapola pero satisfecho, se presentó el muchacho al padre Felipe para decirle que había cumplido su cometido. —Muy bien, contestóle el santo; terminada la comida devolverás esos mismos ladrillos al sitio de antes. Obedeció el muchacho, y al oscurecer se presentó cansado al padre felipe. Entonces, éste sonriendo, le preguntó: ¿has tenido hoy tentaciones? —Ni una siquiera; no me quedaba tiempo. Procura, pues, trabajar así todos los días. El trabajo ennoblece, da salud, fortifica cuerpo y alma y excluye todos los vicios, y a su vez hacer germinar las virtudes.

245

Los Ejercicios Espirituales

Los Ejercicios Espirituales son unos *días de reito,* porque el que los hace se retira de las ocupaciones del mundo para pensar en el negocio principal y conocer cuál es nuestro destino final, para que estamos en este mundo... Son una invitación de Dios, una gracia que nos hace...

Pio XI en la encíclica «Mens nostra» (a 1929), dijo: «Hay una enfermedad gravísima de la edad moderna; la ligereza e irreflexión, que lleva extraviados a los hombres, la disipación contínua, la insaciable codicia de las riquezas y placeres, que debilita y enreda en las cosas terrenas y transitorias, que no les deja elevarse a la consideración de las verdades eternas.

¿Cómo curar esta enfermedad? Con la medicina de los Ejercicios Espirituales. Ellos son el remedio de los tiempos presentes. los gravísimos problemas que siempre han preocupado profundamente al género humano: los de su origen y de su fin: ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Para que estoy en el mundo?... Aunque sólo esto fueran los Ejercicios Espirituales, nadie dejaría de ver la inmensa utilidad que de ellos puede reportarse».

246

San Ignacio de Loyola (m. 1556) predicaba los Ejercicios Espirituales en una iglesia de Roma. Los que iban a escuchar el sermón salían de la iglesia muy compungidos y cambiaban de vida. por eso corrió el rumor de que el predicador re-

unía a la gente en un lugar oscuro y la espantaba haciéndole ver allí monstruos espantosos.

Un doctor quiso asegurarse de ello y entró en aquella iglesia a hacer él también los ejercicios. Al salir de allí encontró a los amigos que le preguntaron: ¿Qué, has visto al mosntruo? —Sí, respondió; he visto verdaderamente un horrible monstruo que me sigue espantando con sólo pensar en él. ¿Qué monstruo era ese? Pues era mi alma, deforme y sucia por mis pecados.

Por eso me he convertido, echando fuera de mi alma todos los pecados que tenía. Id vosotros también a los sermones y veréis el monstruo de vuestra alma.

247

Entre las estampas nuevas que llevaba un joven de 18 años en su misal, había una sucia y gastada que representaba a Cristo llevando la cruz a cuestas. Detrás tenía escritas estas fechas: 5 febrero 1921, 19 de marzo 1926.

¿Qué significaban aquellas fechas? Él mismo se adelantó a explicárselo a un sacerdote que tenía la estampa en sus manos.

—Padre mío, ante un Cristo cargado con la

cruz comprendí un día toda la malicia de un pecado enorme que cometí y que fue el comienzo de otros muchos. Lo cometí el día 5 de febero de 1921. Más adelante en unos ejercicios espirituales, cambié radicalmente de vida. Esta fecha de la misericordia de Dios fue el 19 de marzo de 1926. Ahí tiene la razón del amor que tengo a esta estampa y el motivo de haber puesto en ella esas dos fechas.

Los días de perdición son los días del mundo; los días de los ejercicios son el tiempo aceptable, el día de la salvación (2 Cor. 6,2); día de gracia extraordinaria; de misericordia para el pecador, de aliento para el justo...

248

En la vida de San Francisco de Borja se lee este terrible caso: Uno que tenía el alma cargada de pecados abominables no quiso aprovecharse de los ejercicios espirituales que se daban en la ciudad. Fue ciertamente a escuchar la predicación, pero no pensó en sacar fruto con una buena confesión.

—Me confesaré otro año, decía; cuando vuelva a hacer los ejercicios: ahora no. Pasado algún

tiempo, aquel desgraciado enfermó gravemente y llegó al trance de la muerte. Fue llamado un sacerdote, que le exhortó a confesarse. mas el enfermo le dijo: Cuando esté curado, ahora no.

Entonces fue a verle San Francisco de Borja, quien le habló con dulzura, y le pidió que se confesara, que Dios le perdonaría todo, le mostró el crucifijo para que lo besara; pero el enfermo dio media vuelta y no quiso saber nada, y moribundo exclamó: —¡Ay de mi! ¡Me parece ver a Jesucristo mostrándome su sangre, que he despreciado, no aprovechándome de los ejercicios!

249

San Bernardo, hijo de noble familia, dotado de claro ingenio, se hallaba en la flor de la vida y todo le sonreía. Mas se preguntó a sí mismo: «¿Cuánto podrán durar estas cosas que ahora poseemos? ¿Y por ellas voy a exponerme para siempre a perder mi alma?». Y resolvió entrar en la orden del Cister.

Trataron de disuadirle sus hermanos, mas él fue tan afortunado y elocuente, que llevó consigo a cuatro de sus hermanos, a un tío suyo y a

otros treinta caballeros. Sucedió que el hermano mayor, al despedirse del menor de todos, Navardo, le dijo: Quédate con Dios; nosotros nos vamos al monasterio y te dejamos heredero de toda nuestra hacienda. ¿Cómo? repuso Navardo, ¿vosotros esscogéis el cielo y a mi me dejáis la tierra? No es buena partición. Y los siguió al claustro.

250

Una jovencita que había practicado con todo empeño los ejercicios espirituales y arreglado muchas confesiones mal hechas, exclamaba, lanzando un profundo suspiro: «¡Ahora estoy más contenta que si fuese una reina!».

También muchos, al termianr los santos ejercicios, si los hacen bien, se sentirán más contentos, que si hubieran ganado todo el oro del mundo; porque ya no tendrán encima el peso de sus pecados y poseerán el inmenso tesoro de la gracia de Dios. ¡Esta es la verdadera felicidad, que proporciona la paz y la alegría! La verdadera alegría nace de los corazones limpios de pecado.

251

La muerte

De los «novísimos» dijo Pablo VI, hablan pocos y poco. El Concilio, sin embargo, nos recuerda las solemnes verdades escatológicas que nos interesan, comprendida la verdad terrible de un posible castigo eterno, que llamamos el infierno, sobre el que Cristo no empleó reticencias (Mt. 25,41; 22,13).

Es necesario tenerlos presentes: *«Acuérdate de los novísimos* (de tus postrimerías) *y no pecarás jamás»* (Eclo. 7,40).

Muerte, juicio, infierno y gloria
ten cristiano en tu memoria.

252

Todos nos vamos muriendo, todos somos mortales... *«¿Quién es el hombre que vive y no verá la muerte?»* (Sal. 89,47). *«Está decretado que los hombres mueran una vez»* (Heb. 9,27). Muchos jóvenes dicen: «¿Pensar en la muerte nosotros, que estamos comenzando a vivir?». Y, mientras tanto, corren a la muerte desconsidera-

damente y llegan a ella antes de lo que creen, y, lo que es peor, sin haber hecho nada bueno y con el alma cargada de pecados.

Todo nos dice que la vida huye y que la muerte viene y está cercana. Job exclamaba: *«¿No terminarán pronto mis pocos días?»* (10,20). *«Los días del hombre son breves»* (14,5), y corren a gran paso, a gran carrera (1,25). *¿Qué es nuestra vida? Un vapor que por un poco de tiempo aparece y luego desaparece* (Sant. 4,15). *«Ten presente que la muerte no tarda»* (Eclo. 14,12).

253

San Hilarión, joven aún, vivía en la soledad del desierto. Un día se vio sorprendido por algunos asesinos, que le dijeron bromeándose: «Si te asaltaran muchos ladrones, ¿qué harías?». Respondió el santo: «Yo no temo a los ladrones, porque no tengo nada que me puedan robar». «¿Y si te quitasen la vida?». «No temo ser muerto, porque estoy siempre preparado para morir».

Ejemplo parecido es el de *San Luis Gonzaga.* Siendo aún novicio, jugaba un día al billar en la recreación. Uno de los compañeros le preguntó de improviso: «¿Qué harías si supieses con toda

certeza que dentro de unos momentos ibas a morir?». A lo que, sonriente, contestó el santo: «Continuaría jugando». ¿Por qué esta respuesta? Porque el santo joven estaba siempre dispuesto para la muerte. No debemos diferir la conversión, porque la muerte nos puede sorprender en el momento que menos lo pensemos.

254

El padre Rancé, el célebre fundador de la Orden de los trapenses (m. 1700), en su juventud llevó una vida depravada. Un día, de viaje, oyó a sus espaldas el silbido de una descarga de fusil. Dios le preservó del peligro y la bala no dio en él.

Una vez convertido, siempre que recordaba aquel peligro, Rancé exclamaba: «¡Ah, por qué caminos andaba yo aquel día! Si Dios no hubiese tenido misericordia de mi y hubiese muerto en aquel estado, ¿dónde estaría ahora? En el infierno».

255

Tomás Moro, gran canciller de Inglaterra (m. 1535), condenado a muerte por Enrique VIII por

haberse mantenido fiel a la ley de Dios, al subir al patíbulo se acercó al verdugo que tenía en la mano la segur, como no temía la muerte, abrazándole le dijo sonriente: «¡Amigo, tú me abres la puerta del cielo».

Igualmente San Juan Fischer, cardenal y obispo de Rochester (m. 1535), ya anciano y decrépito, fue condenado a muerte también por Enrique VIII por no haber firmado lo que el rey, impía e injustamente pretendía. Al salir de la cárcel, escualido y extenuado, tenía que esforzarse por andar; pero cuando vio el patíbulo, donde había de dejar la cabeza, arrojó el bastón en que se apoyaba, exclamando: «¡Andad, pies míos, que estamos muy poco distantes del paraiso!».

256

Era *Mozart* (m. 1791) un célebre compositor de música, alemán. Un día fue donde él un desconocido y le dijo: «Maestro, quiero que me componga, lo más pronto posible, una Misa de Difuntos; pero que sea hermosa y digna de su gran ingenio musical!». Mozart, al momento, se puso a la obra y trabajó día y noche hasta que la llevó a cabo.

Pero perjudicó esto tanto su salud, que, enfermando gravemente, sucumbió al mal y murió cuando no contaba más que treinta y seis años. ¿Y la Misa de Difuntos? La persona que la había encargado no dio señales de vida, y los amigos del gran artista hicieron que se cantara aquella Misa en sus funerales, no encontrando música más digna para honrar al maestro.

¿Habría pensado Mozart que aquella obra musical se inauguraría en su propio funeral? Cada cual debe preguntarse: ¿Viviré mañana? ¡Cuántos se acostaron sanos y por la mañana se les encontró cadáveres! No sabemos cuándo, cómo o dónde moriremos... Estemos preparados...

257

San Carlos Borromeo. Arzobispo de Milán, para tener la muerte ante la vista, la hizo pintar en un ángulo de su palacio por donde pasaba frecuentemente.

El pintor la representó de la manera acostumbrada, con una guadaña en las manos. Luego el santo le preguntó: ¿Por qué ponéis a la muerte una guadaña? Porque siega a los vivos, le contestó el pintor; la muerte significa la destrucción de la vida.

—Sí, replicó el santo obispo: la muerte destruye la vida temporal y terrena, pero abre al alma las puertas de la vida celestial. Para un cristiano, la muerte es la portería del paraiso. Borrad, pues, la guadaña; dad a la muerte una llave de oro. De este modo la quiero yo considerar.

258

El juicio divino

«Está establecido que los hombres mueran una sola vez, y, después de esto, el Juicio» (Heb. 9,27). *«Todos hemos de comparecer un día ante el tribunal de Jesucristo para dar cuenta de lo que hemos hecho en la vida, bueno y malo»* (2 Cor. 5,10). Hay, pues, un juicio particular a la muerte de cada uno, y otro universal al fin del mundo en el que quedará ratificada la sentencia de Dios a la vista de todos.

La Iglesia en el Concilio de Florencia definió: «Después de la muerte de cada hombre, su alma es recibida al momento, o en el cielo, o en el infierno, o el Purgatorio, según la disposición de cada uno». *«Temed al Señor y dadle honor, porque se acerca la hora de su juicio»* (Apoc.

14,7), y todos oirán esta voz, que hacía temblar a San Jerónimo, penitente: «¡Muertos, levantaos a juicio!».

259

Una señorita se encontraba en un vagón de un funicular que conducía a la cumbre de una alta montaña. Cuando el tren había llegado casi a la cima del monte e iba despacio, despacio, como suspendido entre el cielo y la tierra la señorita, toda ansiosa y llena de espanto, dijo al conductor: «¿Qué sucedería si se rompiese el cable que asegura el tren?». El conductor respondió: «Haríamos funcionar los frenos al momento. ¿Y si se rompiesen también los frenos? —En-tonces iríamos todos al tribunal de Dios para recibir de Él, según los méritos, el premio o castigo eterno».

Aquel conductor dijo una gran verdad. De la muerte se pasa al momento al juicio de Dios, que pronunciará su sentencia. Un día, como al administrador del Evangelio, nos dirá el señor: *«Dame cuenta de tu administración»:* de los bienes naturales y sobrenaturales recibidos en esta vida.

260

Un hecho histórico. Sucedió hace varios años en Piedrahita de Ávila. predicaba allí el Padre Calzada, capuchino, hablaba del juicio de Dios, y al final de su sermón dijo: «Mañana antes de esta hora las campanas de esta iglesia habrán tocado a defunción por uno de los que me escucháis. Uno de vosotros comparecerá ante el tribunal de Dios. ¿Cuál será? No os inquietéis».

En fin, bajó del púlpito, como disgustado de si mismo (según se lo oí referir), sin saber casi él porque había hablado así... Se sentó en el confesionario aquella noche..., y uno de los que le oyó ya se iba para casa, y deteniéndose le dice al que le acompañaba: me vuelvo porque me han preocupado las palabras del misionero... Se confesó... y al día siguiente por la mañana murió... Fue un aviso, y una gran lección para aquel pueblo, y debe serlo para nosotros. Estemos preparados...

261

El infierno

El infierno existe. No es una fábula, sino una

tremenda realidad. No podemos ponerlo en duda. Es un dogma de fe revelado en las Escrituras y definido en los Concilios. Jesucristo nos habla de él claramente al decir: *«Estos (los impíos) irán al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna»*. (Mt. 25,41 ss).

Y en el Símbolo Atanasiano leemos: «Los que hayan hecho obras buenas, irán a la vida eterna; aquellos, en cambio, que hayan obrado el mal, irán al fuego eterno». «No es Dios quien nos arroja en el infierno, somos nosotros mismos los que nos precipitamos en él con nuestros pecados» (Santo Cura de Ars).

San Jerónimo, San Agustín y otros teólogos con Santo Tomás, convienen en decir que el fuego del infierno es eterno, y es corporeo y material que atormenta a los espíritus de un modo admirable y verdadero. Los condenados arderán en aquel fuego como la zarza de Moisés, sin consumirse.

262

Muchos dicen: Dios es Padre y no puede castigar con penas eternas. Ciertamente Dios es Padre misericordioso, pero también es justo, y si

uno no quiere cuentas con Dios y le blasfema y conculca su ley, Dios no es culpable de su perdición. Si uno cierra la ventana para que no entre en ella el sol, ¿quién tiene la culpa de que no le alumbre? —Si no existiera el infierno, el vicio que tanto reprueba Dios y la virtud que tanto alaba, venían a tener el mismo resultado, esto no es justo.

¿Estaría bien que un Nerón vg. y un San Luis Gonzaga y tantas almas penitentes y santas, recibieran el mismo premio? ¿Quién conoce leyes sin sanciones? ¿Dónde hay un buen legislador que no castigue al que quebranta una ley?

Sabiendo que Dios habla claramente en el Evangelio de un infierno eterno, no necesitaríamos recordar ejemplo alguno. Pero añadamos los siguientes:

263

El del Padre Baldinucci, italiano. De él se refiere en el proceso de su beatificación que predicando en la diócesis de Veletri (Italia), en una plaza pública en primavera, llena de árboles frondosos, dejó de hablar en medio de su sermón, y hecho gran silencio, dijo: «Lo mismo que en el

otoño el vendabal arroja al suelo las hojas de los árboles, así he visto yo caer innumerables almas en el infierno». Y al momento todas las hojas verdes de aquellos árboles cayeron al suelo y causaron gran impresión en los oyentes, siendo todos ellos testigos.

264

Otro ejemplo comprobado en el proceso de beatificación de San Francisco Jerónimo. Este tuvo lugar en Nápoles donde una mujer, llamada Catalina, murió repentinamente en presencia de una multitud a la que impedía que acudieran a la misión que estaba dando. Entonces el Padre (éste murió el 11 de mayo de 1716) acercándose al cadáver de la mujer, dijo: «Catalina, ¿dónde estás?». Y ella abriendo los ojos desencajados, respondió con un grito espantoso: «Estoy en el infierno».

265

El obispo de Venimiglia (Italia) en sus ejercicios espirituales repetía el caso de un joven que para lograr satisfacer sus pasiones, engañó a una

joven diciéndole que él había estudiado mucho y que no había infierno... y pecó, y al bajar la escalera de la casa cayó instantaneamente muerto.

Poco después se le apareció a la joven y dijo: «Te decía que no había infierno, y vengo a decirte de parte de Dios que existe y yo estoy en él para siempre».

No harían falta ejemplos, como estos, para saber que el infierno existe, pues basta la revelación divina hecha por Jesucristo.

266

El cielo

Hoy apenas se piensa en el cielo. Hay mucho materialismo. El comunismo ateo pone su paraiso en la tierra. Niegan el más allá; pero es necesario reconocer que «estamos en el camino que conduce a la Patria» (S. Greg. Magno). La Sagrada Escritura nos habla con frecuencia del cielo, pues nos dice: *«No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna»* (Heb. 13,14). Aquí *«somos peregrinos»* (Heb. 11,13). Y Jesucristo nos dice: *«Alegraos y regocijaos porque es grande vuestra recompensa en el cie-*

lo» (Mt. 5,12). *«Los justos irán a la vida eterna»* (Mt. 25,26). Para lograr el cielo tenemos que ir por el camino de los mandamientos de Dios: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17).

267

San Agustín, obispo de Hipona (m. 430), tenía idea de escribir un tratadito sobre la felicidad del cielo; pero, espantado ante la dificultad de la empresa, quiso antes aconsejarse con San Jerónimo, Doctor de la Iglesia, que se hallaba en Belén. Estando con la pluma en la mano para comenzar la carta que había de enviar a San Jerónimo, he aquí que se le aparece este santo anciano, que precisamente había muerto aquel día y aquella hora. Y Agustín oyó de boca de San Jerónimo estas palabras: «¿Cómo piensas encerrar en una taza el mar y en un puño la tierra? ¿Quieres comprender con tu inteligencia lo que ningún entendimiento ha comprendido nunca? —¿Qué dice la Escritura? *«Ni el ojo vio ni el oido oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le sirven y aman en esta vida»* (1 Cor. 2,9)... Es esa una empresa

imposible para quien vive en la tierra. Bástete vivir de modo que puedas ganar y gozar de ese cielo que pretendes comprender y describir». Y desapareció.

268

Yendo una vez por el campo monseñor Hettinger, se encontró con un niño, al que hizo estas preguntas: «Dime, ¿los ricos irán al cielo?». Respondió el niño: «¡Oh, sí, si hacen el bien a los pobres!». Repuso el sacerdote: «Y los pobres, ¿irán al cielo?». Dijo el niño: «Sí, señor, si soportan con paciencia su cruz». Hettinger recordaba muchas veces estas respuestas del niño, en las que encontraba una gran filosofía: sin cruces, esto es, sin padecimientos, no llegaremos a la patria del cielo. Como dice la Escritura Santa: *«Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos»* (Hech. 14,21).

El camino de la gloria es estrecho y está lleno de espinas: es el camino de los penitentes, de los mortificados, de los virtuosos. Jesucristo nos dice: *«Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición...»* (Mt. 7,13).

(Otros ejemplos para hablar del cielo, sirven los del número 255).

269

Enrique VIII de Inglaterra, repudió a su mujer para casarse con otra: Ana Bolena. El Papa protestó y el rey entonces separó todo su reino del seno de la Iglesia Católica.

Una noche estaba con Ana Bolena en una ventana de palacio, y los dos contemplaban absortos las estrellas misteriosas, brillantes. El corazón de la joven reina se enterneció; acaso fue efecto del brillo de las estrellas, acaso se despertó en ella el recuerdo de su juventud inocente. Ello es exclamó profundamente conmovida: ¡Qué hermosa es la bóveda estrellada! ¡Pero cuánto más hermoso debe ser lo que hay más allá, el cielo!

El rey la cogió de la mano, la apartó de la ventana, y con la cabeza inclinada, no dijo más que esto:
—Ana, ¡aquello no es para nosotros!

¡Cuántos en la vida, lo tienen todo como el rey apóstata: poder, riquezas, placeres, pero, desgraciados de ellos, porque al mirar al cielo tienen que decir: «¡Aquello no es para nosotros!». El

cielo es para los que tienen el corazón desprendido de las riquezas y del pecado... El cielo se compra con el desprendimiento de todas las cosas de la tierra, que hemos de abandonar al morir.

270

La Sagrada Escritura nos habla a cada paso del cielo y nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir a él nuestras miradas, como nos dice San Agustín. No lo dudemos. Hay un reino cuyos habitantes viven eternamente y viven en una felicidad eterna «indescriptible» (1 Cor. 2,9). Hay un lugar en que *«no habrá ya muerte, ni llanto, ni alarido, ni habrá más dolor»* (Apoc. 21,4). Hay un reino donde los hombres *«ya no tendrán hambre, ni sed, ni descargará sobre ellos el sol ni el bochorno... y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos»* (Apoc. 7,16-17). Hay un cielo donde se cumplen las promesas que Dios hizo a sus hijos.

San Agustín nos dice: «El que quiere ser feliz, encamínese presuroso al reino de los cielos. Este no está cerrado sino para aquel que quiera excluirse él mismo».

271

Haz el bien y no mires a quien

Diógenes estaba un día plantado como un palo en la esquina de una calle, riéndose como un loco. ¿Por qué te ríes?, le dijeron. ¿Veis, respondió, aquella piedra que está en medio de la calle? Ya han tropezado en ella más de diez personas. Después de tropezar la miraban y la maldecían, pero ninguno la ha apartado para evitar que otro puediera tropezar.

Ninguno pensaba en los demás, sino sólo en sí mismo. ¡El maldito egoismo! ¡Qué poco se practica la caridad cristiana!

272

El delfín de Francia, hijo de Luis XVI, estaba preso y en manos de un rudo carcelero que vengaba en él, pobre niño indefenso, el delito de haber nacido rey. Un día le preguntó el carcelero: ¿Qué harías tu, Capeto, si los vendeanos te pusieran en libertad? ¿Qué harías conmigo? ¿Me mandarías ahorcar?

El pobre huérfano contestó sencillamente:

Te perdonaría. ¡Qué cosa más hermosa es saber devolver bien por mal!

273

Cuando Isabel de Hungria daba limosna a los pobres, decía a todos: Dad también vosotros limosnas. ¿Y cómo, si no tenemos dinero? —No está a nuestro alcance poder abrir siempre la bolsa, pero sí el no cerrar nunca vuestro corazón. Aún cuando no tengamos dinero, tenemos corazón para compadecer a los necesitados, ojos para verlos, pies para visitarlos, boca para animarlos y consolarlos... y jamás para maldecir a nadie, y saber ser agradecidos, aun en lo poco.

274

En el verano de 1847, pasando Pio IX por una de la calles de Roma, vio a un viejo que yacía desmayado en el suelo. El bondadoso papa hizo parar al instante su carruaje y, habiendo preguntado quien era aquel pobre, uno de los circunstantes respondió con vierto desprecio: «Es un judío».

Poco satisfecho de esta desabrida respuesta,

el sumo pontífice descendió del vehículo, con sus propias manos ayudó al pobre a subir a él, le condujo a su habitación y luego mandó a su médico que viniese a visitarle y a prestarle los auxilios necesarios. ¡Esto es verdadera caridad!

275

Siendo obispo de Mantua el futuro San Pio X, un comerciante de dicha ciudad estaba al borde de la quiebra, y el obispo entregó a una de sus feligresas determinada suma de dinero para que, callando la procedencia, la hiciese llegar a manos de aquel hombre. La señora exclamó:

—Pero ese hombre es el autor de un libelo anónimo contra usted. —Razón de más para que mi caridad sea tan anónima como sus injurias, contestó el gran apóstol.

276

Francisca de Chantal no sabía rechazar a ningún pobre. Algunos pordioseros se aprovechaban de ello; iban a pedir y después dando la vuelta al castillo, se presentaban de nuevo. Se llamó la atención de la castellana sobre esta treta, mas

ella contestó: «También yo estoy pordioseando continuamente ante el trono del Señor, y no me gustaría que Dios rechazase mi súplica a la segunda o tercera vez. Si Dios soporta con paciencia mi insistencia, yo también puedo soportar la de los mendigos».

277

Pio IX, al pasar un día por las salas del Vaticano, se encontró con un joven que, como embelesado contemplaba un cuadro de Rafael. Cuando el joven vio al papa, hizo una profunda inclinación. El Papa le preguntó quién era. El joven le dijo que era pintor y que por falta de recursos no podía ingresar en la Academia de pintura. El Papa le prometió que le pagaría los gastos. Azorado exclamó el joven: —Pero Santidad, ¡yo soy protestante! El Papa se sonrió y le contestó: Esto no importa ahora. Podrá ingresar usted. Y cumplió la promesa.

278

Santa Catalina de Génova preguntó una vez a su director espiritual en que debía reparar más

cuando oraba o leía. EL sacerdote le respondió: «Hija mía, en tus oraciones medita siempre las palabras: «Hágase tu voluntad», y al leer la Sagrada Escritura detente en la palabra «amor» siempre que salga. Pues sábete que esta palabrita es la más excelsa y la más rica en sentido de toda la Biblia. Toda la perfección no consiste más que en el cumplimiento de la voluntad de Dios y en la caridad. Con estas dos virtudes podrás caminar segura, y nunca te extraviarás del camino del cielo, sin que necesites ahora luz u otra guía».

279

En Hong-Kong se convirtió un oficial al ver la delicadeza maternal con que una religiosa le había vendado llagas profundas que exhalaban un hedor insoportable. Rompió a llorar diciendo: Hace meses que me encuentro en tal estado, sin haber podido hallar a nadie que me ayudase. Todos han rehusado curarme, mas tú, extranjera... ¿Quién te da valor?... ¡Debe ser muy grande tu religión! —El heroismo de las religiosas y su amor a los enfermos es causa de muchas conversiones.

280

Cuando presentaron a Luis XII la lista de los oficiales del rey su predecesor, señaló con una cruz roja los nombres de sus enemigos más encarnizados, sin decir una sola palabra acerca de sus intenciones. Advertidos los señalados de este modo y temiendo que el castigo no se limitara a la pérdida de sus empleos, se ocultaron y buscaron influencia para obtener el perdón.

Al colocar encima de sus nombres el sello de la redención, dijo Luis XII a los que hablaban en su favor: «He creido haber expresado con bastante claridad que todo estaba perdonado. Jesucristo murió por ellos lo mismo que por mi».

281

Josefina Vilaseca, la María Goretti española, comulgaba diariamente en el Sanatorio de San José, en Manresa, y, pensando en su asesino, decía: Le perdono y ruego a la Virgen por él. No quiero que le maten; ofrezco mis comuniones para que se convierta, se confiese y sea bueno.

282

Cinco soldados alemanes cayeron muertos en una emboscada en la tarde de 16 de septiembre de 1943. En represalia, los nazis detuvieron a cincuenta personas las más influyentes de la ciudad de Trani (Italia). E iban a ser ejecutadas.

El arzobispo monseñor Petronelli intenta disuadir al oficial, pero nada consigue. El oficial da la orden de apuntar. Entonces el arzobispo se adelanta, besa a una por una todas las víctimas y les da la absolución. Después se coloca con su vicario en medio del grupo y apostrofa al oficial: —Somos cincuenta y dos. Dios le perdone. —La emoción es intensa. El pueblo grita ahora sin temor. El pelotón baja las armas. la grey se ha salvado. Hagamos bien, sin distinción, y no miremos a quien.

283

Angela de Foligno dijo un Jueves Santo a sus compañeras: «Salgamos en busca de Cristo; quizá le encontremos en algún hospital, entre los enfermos y dolientes». Ella tenía muy presente el

dicho de Jesucristo: *«Lo que hagáis a uno de estos, a Mi me lo hacéis».*

284

Un famoso arzobispo de Francia recibió de su secretario la noticia de que una pobre mujer estaba en la puerta del palacio pidiendo asistencia a su necesidad. Preguntó el secretario cuánto tenía que dar a la pordiosera.

—¿Qué edad tendrá? interrogó el arzobispo.— Unos setenta años, se le respondió. —¿Está en gran necesidad? —Así lo dice ella, excelencia. — Hemos de creerla. Dele usted veinticinco francos. El secretario se asombró. —Seguramente es demasiado, además, es de raza judía.

—¿De raza judía? ¡Oh, esto es importante! Dele usted cincuenta francos. Y dele usted también las gracias por haberme honrado con su visita.

Todos los hombres somos hijos del mismo Padre. Despreciar a otros por su color o raza no es cristiano. Deberíamos demostrarles mayor caridad.

285

El redactor jefe de «Il Tribuno» exhalaba todas las mañanas su bilis declamando contra los curas y, particularmente, contra Pio IX. Así se ganaba el pan de cada día, pero lo ganaba con satánico placer.

Hallábase un día escribiendo un artículo más furibundo quizá que los otros, cuando sufrió un ataque de apoplegía y fue conducido al hospital. ¿Quién se encargó de cuidar de la familia del desgraciado? No fueron las sociedades secretas ni el gobierno revolucionario, sino que fue el propio Pio IX.

—Aquí, dijo el santo anciano, se nos presenta la ocasión de hacer bien a un enemigo.

Conclusión

Al final de los ejemplos expuestos en este libro, terminaremos recordando esta escena del Evangelio:

—Dos ciegos, sentados a la orilla del camino, en las afueras de Jericó, al oír que pasaba Jesús, levantaron la voz diciendo:

Señor, hijo de David, ten compasión de noso-

tros. Y Jesús parándose, les dijo: ¿Qué queréis que os haga? —Dijeron ellos: Señor, que se abran nuestros ojos. Y Jesús, movido a compasión, tocó sus ojos, y los ciegos al momento vieron y le siguieron (Mt. 20,30-34).

Saquemos esta consecuencia: Que a la luz del Evangelio y de los ejemplos del libro, se abran nuestros ojos a la luz de la verdad, y pasemos por este mundo, al igual que Jesucristo, haciendo el bien posible a los que están a nuestro alrededor, a todos sin distinción, a amigos y enemigos.

Laudetur Iesuschristus: Alabado sea Jesucristo

ÍNDICE

La Biblia o Sagrada escritura 7
La Biblia es una carta de Dios a los hombres 7
Al principio... DIOS 15
Todos dependemos de Dios 34
Tenemos que contar siempre con Dios 37
Valor de la religión cristiana 45
Valor del Catecismo 48
La fe cristiana 57
Valor de la oración 66
La educación cristiana 74
El fin del hombre 86
Conozcamos a Jesucristo 93
¿Quién es la Virgen María? 106
La Virgen María es la Madre de Dios 108
La Iglesia y el papa 119
El Decálogo o Mandamientos de Dios 129
Mandamientos de la Iglesia 134
La blasfemia 137
Santificación del domingo y días festivos 147
La limosna 154
El buen ejemplo 162

El sufrimiento 170
El pecado y su malicia 177
Las tentaciones 187
Los ejercicios espirituales 190
La muerte 196
El juicio divino 201
El infierno 203
El cielo 207
Haz bien y no mires a quien 212